

EST E S I L E N C I O

---

Para el  
CONCURSO DE CUENTOS

Comisión de Fiestas  
del  
Excmo. Ayuntamiento

B E M B I B R E .

1986.

A Salvador Dalí, entre la  
vida y el sueño.

---

He pasado toda la noche soñando cosas extrañas y me he despertado con muy mal sabor de boca. Tengo la lengua crecida. Y amarga, como si hubiera comido almendras verdes. Estoy helado. Y tengo miedo. Voy a permanecer todo el día sin moverme, sin abrir los ojos. Huele a tierra mojada, a lluvia recién caída. Siento en los huesos el suave dolor del entumecimiento. Afuera, la mañana estará pálida, el parque triste. Este año va a llegar muy pronto el invierno. ¿También a Granada?. ¿Que estará pasando ahora en Granada, en las calles, en los árboles, en el aire de Granada?. Me gusta pronunciar el nombre de Granada, me gusta pensar en Granada, porque al hacerlo se me encaraman desde el corazón hasta los labios algunos de aquellos versos que alguien grabó en mi memoria, a fuerza de repetírmelos :

" Ya los niños de Cristo se dormían... "

Primero ella. Y después abuela Carmen, todas las tardes, en Granada.

De Nueva York no recuerdo imágenes. Recuerdo, únicamente, sensaciones, que, de cuando en cuando, como ahora, me crujen en el alma. La oscuridad, el frío, la humedad, me retornan a aquellos días de mi infancia, que, a pesar de todo, no imagino una infancia desdichada, porque regreso a ella sin temor. Alguien estaba junto a mí. Alguien que me hablaba constantemente y me quería. Sin duda

mi madre. Y otra voz, pero mas lejana. En cambio, a abuela Carmen la recuerdo toda, gesto a gesto. Abuela Carmen era Granada. Acera del Darro, calle Duquesa, cuesta de María la Miel, callejón de las Tomasas... Cuando llegamos a Granada estaban todos estos nombres, como estaba abuela Carmen, esperándonos.

El aliento de mi madre olía a naranjas. Hasta cuando lloraba olía a naranjas.

Cuando abuela Carmen me entregó las cosas de mi madre lo hizo sin pronunciar palabra. Me miró y puso en mis manos el cofrecillo de conchas y el sobre con las cartas, los poemas y las fotografías. En el patio, cerca del rincón de los geranios, siempre en sombra, estaba el sillón de mimbre. Aquél fue mi sitio desde entonces. Allí fuí descubriendo, poco a poco, yo solo, todos los secretos. La tarde de las palomas, cuando, a la hora de la siesta, bajaron al patio todas aquellas palomas, cientos, miles de palomas, cayendo sobre la limpia quietud de las baldosas azules, pronuncié por primera vez, en voz alta y sin estremecerme, el nombre de mi padre. Estaba escrito debajo de la dedicatoria :

" Para tí. "

Y después :

" En Viena bailaré contigo, con un disfraz que tenga cabeza de río. ¡Mira qué orillas tengo de jacintos!..."

Y enseguida el nombre, con una inicial larguísima, rasgada, dolorida. Abuela Carmen me escuchó desde dentro y tembló :

- "Dios mío, Dios mío..."

En realidad, esto mío ha sido una huída. Necesitaba ale-

jarme de Granada. Lo que pasa es que no he sabido elegir el momento oportuno. Lo decidí de repente, de madrugada, después de quemar todos aquellos recuerdos. Humo. Aire. Como abuela Carmen. Como ella. Como él. Estoy a cientos de leguas del arroyo de los juncos. Ya no existen ni las cartas ni las fotografías. Ni los poemas. He destruído todas las pruebas. De mi padre se sabe todo, a excepción de su último gesto, su última palabra, su última sonrisa, su última mirada, su último asombro. A excepción, también, de aquella extraña historia. Qué morena y qué dulce la pequeña niña de Granada, aquella niña solitaria y con frío. Y qué grande Nueva York...

"No duerme nadie por el mundo. Nadie. Nadie. No duerme nadie."

El hablaba, hablaba, hablaba, iluminada la cara redonda, los ojos húmedos de fiebre, hasta que llegaba la madrugada y se ponían a pensar en Granada, a soñar con Granada, a llamar a Granada. Y a buscarme a mí.

He tardado mas de medio siglo en darme cuenta de que vivir es una vulgaridad. Cuánto me gustaría morirme ahora mismo. Cerrar los ojos y dejar de vivir. Entre las fotografías que guardaba mi madre había una de la muerte. Aquellos ojos, hundidos, aquellos pómulos, aquellos labios, qué mal dibujada la sonrisa, eran los de la muerte. Toda la muerte coincidiendo en aquél rostro tan lejamente conocido. Yo estuve muy cerca, una vez, de aquél ser tan absolutamente insólito. Vino a nuestra casa, en carne y hueso. Me acarició las piernas, las mejillas, con sus manos larguísimas, transparentes, mientras hablaba con abuela Carmen. Todavía recuerdo el escalofrío de aquella voz, el olor amarillo de aquél aliento. Al despedirse, apenas me rozó la frente con sus labios. Abuela Carmen le acompañó hasta la puerta :

- "Con Dios..."

Y comenzó a nevar sobre Granada.

Y de repente toda esta algarabía de campanas, todo este ir y venir de sobresaltos. Me han asegurado que el pintor, en contra de lo que dicen los periódicos, está gravísimo. Ha enloquecido. Y ahora es de verdad. Ya no es un niño perverso, siempre al lado del vértigo y de la rabia. Ahora es un niño tonto que no quiere ver el mar. La vida se le escapa a chorros. En cualquier momento sonará el teléfono y alguien me dirá que todo ha terminado. Cuando le anunciaron, por primera vez, mi visita, no quiso recibirme, aunque estaba deseando hacerlo. Le hablé de mi padre y se le humedecieron los ojos. "En lo único que te pareces a él es en la estatura". No me preguntó por mi madre. Le dije que había muerto, siendo yo todavía muy niño, a poco de regresar de Nueva York, y se limitó a murmurar: "Lástima". Después me habló de los rinocerontes y de los murciélagos. Rebotaba el sol en las paredes blanquísimas. De pronto: "Nos quisimos mucho, desmesuradamente." Me invitó a comer y sentí náuseas. Me negué en redondo. Un poco mas allá de los magnolios, caída sobre el musgo, completamente desnuda, estaba ella. En sucesivas visitas seguí viéndola, en el mismo sitio, dolorida y ajena. El pintor se muere. Irremediablemente. Casi al borde del sueño, escucho el sonido de todas las campanas de Granada. Una por una y todas juntas. Y por encima de todas, la de la Vela.

La niebla sobre el río suele durar hasta el mediodía. Entonces se deshace y se pueden contemplar los árboles del otro lado, apenas un palmo sobre la tierra, raquíticos y soberbios. Y mas allá, nada. Ayer tarde intenté llegar hasta el final y se me aca-

baron los ojos a las pocas leguas. Demasiada monotonía, demasiado cansancio. No puedes imaginar hasta qué punto te echo de menos, madre. Hasta qué punto te necesito ahora, a estas alturas de mi vida. A él no se si podré seguir amándole, no se si podré perdonarle el daño que te hizo, que nos hizo. Abuela Carmen me lo dijo: tu eras una niña nerviosa y alegre. El te vió bailar en Nueva York, una más entre aquél manojó de ángeles morenos, y se le enredó la mirada en tus pies, en tu cintura. Cuando regresaste, -aquél interminable viaje en barco-, conmigo, con el montoncillo de recuerdos, lo hiciste con las fuerzas justas. Me empujaste hasta los brazos de abuela Carmen y te convertiste, ya para siempre, en el ser mas inmóvil, mas invulnerable y mas triste de Granada.

Me siento de lo más ridículo. A veces pienso que soy una broma de mal gusto, que ni siquiera existo realmente. Pero el caso es que mi dolor es cierto, como es cierto este retortijón de angustia. Y no se cómo espaparme de tanta desazón. He visto los carteles anunciando el recital del poeta de Cádiz. Regresó poco después de aquella alegría, sin odio en el corazón. Ahora va de un lado para otro, corto y ancho de estatura, parco en el gesto, increíblemente vivo, al desgaire la abundante cabellera blanca. Yo le escuché una tarde, aguantando a pie firme la lluvia, mezclado entre una legión de jóvenes, todos pendientes de su voz grave y noble. No iré. No deseo volver a verle, no deseo volver a escucharle. Me resultaría imposible mantenerme en calma, reprimir el grito. En mala hora se me ocurrió venir a esta tierra de frío y de silencio.

Ay, madre, que ya están aquí los pájaros negros. Bajan a

bandadas, desordenando el paisaje con su aleteo fúnebre, hasta que llega la noche y se disuelven en las cuevas del aire. Aquí estoy, madre, almacenando fantasmas para llenar el próximo sueño, ojalá que el último sueño. Y así hasta que me rompa del todo y desaparezcan para siempre de mi cerebro las imágenes de esta historia que yo mismo he comenzado a considerar increíble. Se, madre, que sus manos te recorrieron con ternura. Sé que te amó de verdad. ¿Recuerdas?: "Vendrán las iguanas vivas a morder a los hombres que no sueñan..." Y tú mirándole, mirándole siempre, niña seria y deslumbrada. No hablaré. Las mismas razones que sellaron tus labios, madre, sellarán los míos.

El aire estaba limpio, tirante. Al respirarlo se me rompía por dentro, arañándose. Había pasado toda la tarde apuñando la tierra y desmigándola sobre el camino. Acabábamos de enterrar a abuela Carmen y caía la noche sobre Granada, como resignadamente. Me encontraba, ya, en la mas absoluta de las soledades. De aquella tarde recuerdo, sobre todo, el silencio. Aquél montón de silencio, aplastándose. Abuela Carmen se negó a comer al comenzar la primavera y fue consumiéndose, dejándose llevar, hasta los primeros escalofríos del otoño. Se desprendió de mí, del barrio, de Granada, sin revuelo. En la despedida estábamos todos.